



LA PRESENCIA DE LOS ANIMALES EN LA VIDA INFANTIL.¹⁰ Y CÓMO LA CULTURA POPULAR LA HA INCORPORADO EN EL LENGUAJE DEL ADULTO

PATRICIA GONZÁLEZ

En mi infancia, las primeras lecciones acerca de la comprensión de la naturaleza y del hombre estaban relacionadas con: “que la naturaleza se conforma por reino animal, vegetal y mineral”; “el Hombre desciende del mono”; “el Hombre es un animal racional, pensante, sociable”, “las características de todo ser humano son nacer, crecer, reproducirse y morir”.

¹⁰ Es importante señalar que buena parte de las anécdotas y experiencias relatadas, no sólo en este artículo, sino también en otros incluidos en este texto, se refieren a la vida de los niños urbanos. El contexto cultural en que se desarrollan los niños matiza y trasciende la estructuración y contenidos, y por tanto, la comprensión e interpretación específica. Véase aquí mismo otra visión de nuestros niños en: “Los animales en el cuento náhuatl”. (Nota de los compiladores.)



Estas frases de los maestros parecían al principio ser una continuación del mundo fantástico y de cuentos hasta entonces escuchados e imaginados, con príncipes, hechiceros, caballeros valientes y otros personajes convertidos por encanto en mitad hombre, mitad animal, enanos o duendes. Luego resultó difícil comprender ¿cómo y por qué al león se le considera rey de la selva?, ¿quién recibió el hechizo?, ¿el hombre o el mono?, ¿por qué?, ¿cómo es que se atreven a decir que el hombre es un animal pensante, si yo sabía que el lobo hablaba y hacía travesuras o que los cochinitos soñaban?

Éstas fueron las primeras ideas acerca de las pequeñas diferencias y las grandes semejanzas entre el hombre y los animales. Con ellas fue quedando atrás el mundo de la imaginación franca y abierta, propio de la infancia, para ser introducida brusca-mente al mundo del conocimiento de la ciencia y la realidad, cuyas explicaciones de la vida y lo natural resultan más fantásticas y sorprendentes.

Bajo estos recuerdos pretendo hacer una recreación de cómo el conocimiento cotidiano y la convivencia con animales favorece, en la mayoría de los niños, el desarrollo de habilidades verbales y perceptivas, además de las sociales y las emocionales.

Cuando los niños son pequeños, casi recién nacidos, no queremos que “ni las moscas vuelen”, que nadie ni nada los moleste. Conforme van relacionándose más con el exterior, les proporcionamos



estímulos mediante juguetes, sonajas, peluches y objetos que chupan y manipulan, éstos en su mayoría están representados por animalitos, y son el primer acercamiento a su conocimiento real.

Al empezar a emitir palabras cortas de una o dos sílabas, iniciamos la enseñanza del concepto animal mediante la imitación del sonido específico con que se comunica; les enseñamos a mirar un “guau, guau”; un “pío, pío”; un “cuá, cuá” o un “miau”. También es común que cuando empiezan a desarrollar habilidades en las extremidades inferiores les decimos que salten como changos, que brinquen como canguros o chapulines, habiendo antes gateado.

Si hay una mascota en casa, y tanto el niño como ésta crecen juntos, es muy frecuente observar entre los tres primeros años, cuando los niños exploran con intensidad el ambiente y se alejan de la madre, escenas que sobresaltan a los mayores cuando los niños meten la mano en los hocicos de la mascota, les hablan al oído, les jalan la cola, los besan e intercambian juguetes, alimentos y comen con ellos, aunque también los regañan y los culpan de las travesuras que aparecen en casa, siendo más sorprendente aún darse cuenta que la mascota se deja hacer de todo por ese niño al que reconoce como su compañero de juego. En relación con lo anterior, una niña, entre cuatro y cinco años recuerda que tenía un cachorro de gato al que le ponía gorrito, lo metía en una cunita y lo sentaba con babero para darle de co-



mer, convirtiéndolo en su muñeca-hija; vivencias infantiles como éstas favorecen el aprendizaje a través de los órganos de los sentidos.

Es también por esa edad, cuando se inicia el aprendizaje de los hábitos: comer, aseo y dormir. Las madres tienen que hacer transacciones con sus hijos, y a veces escenificar partes de algún cuento o diálogo entre animales y personas para lograrlo; al comer piden a los niños abran la boca grande como lobo o león; para convencerlos de que se coman el fideo a éste lo transforman en “sopa de viboritas”; o la bella educa a la bestia en cuestión de modales al comer; para bañarse introducen en la tina toda clase de juguetes de animales marinos, o bien algunas veces se transforman en sirenitas y tritones o tiburones. Para dormir, los niños solicitan se les cante infinidad de veces la canción de los elefantes que se balancean, la de los cochinitos o algún otro cuento en que los animales son los personajes principales. En las fiestas de la escuela y con los amigos les encanta disfrazarse de ratón, conejo, mariposa, pollitos y otros, sin que falten piñatas en forma de animal que a veces no quieren romper por temor a dañarlos. En época navideña ¿quién no recuerda a sus hijos queriendo observar a los renos de Santa Claus volar por el cielo, o poner un recipiente con agua en el patio de la casa para ayudar en su largo recorrido al camello, elefante y caballo de los Reyes Magos?



La presencia de los animales en la vida infantil

Hay padres que durante los paseos estimulan a sus hijos a realizar actividades aparentemente divertidas y tiernas, que observadas a distancia son errores de juicio como: darles de comer galletas a los peces, pan a los patos y comida chatarra a cualquier otro animal.

Entre los siete y nueve años debe estar integrada la imagen y el esquema corporal, es decir el conocimiento de su cuerpo; se ha visto con frecuencia que los niños aprenden las partes de su cuerpo con nombres de animales o partes que sustituyen el nombre correcto de las extremidades inferiores, boca, genitales, espalda, etc. por picos, patas, alas, lomo, rabo, por ejemplo, creando después confusión y desconfianza o resistencia a usar los nombres correctos, sintiéndose apenados la mayoría de las veces.

Cuando se pierde un diente, parte concreta de la imagen corporal, se generan variadas emociones; el niño facilita su asimilación con la presencia del ratón que le deja un premio por cada diente perdido.

Después de los nueve años los niños tienden a participar en grupo donde despliegan conductas de cooperación. Es cuando insisten en tener una mascota, ello significa establecer un vínculo emocional con otro ser vivo, que no sustituye al que se establece con otro de la misma especie (hombre), aunque también es una forma de adquirir responsabilidad y formación de hábitos, manejo del tiempo, educar y poner límites, entre otras habilidades que requieren



sentido común capacidad de anticipación, cuidado y amor por el animal.

Las preferencias por un animal pueden depender del sexo, edad y tamaño del mismo. Las mujeres, por lo general, prefieren los canarios, patos, conejos, ardillas, peces, perros y gatos. Los varones, toda clase de perros, gatos, ratones, cangrejos, changos, lagartijas, sapos, víboras, tortugas, etcétera... En la etapa adolescente es bastante común tener predilección por los alacranes y las tarántulas, así como por las serpientes y algunas aves mayores como cóndores y águilas.

Algunos niños conviven con animales domésticos a los que ven criar en pequeñas y grandes cantidades, de los cuales se utilizan sus productos como parte de la economía familiar: vacas, gallinas, caballos, cerdos, borregos, patos, conejos, burros, etcétera.

Convivir con animales significa conocer su forma de vida, alimentación, hábitos, las enfermedades que padecen y las que pueden transmitir al hombre, su forma de reproducción y la prevención de peligros.

Aunque los padres sufren y se confunden cuando los niños hacen preguntas acerca de la forma en que se reproducen, los que han convivido con animales manifiestan un conocimiento más natural de los términos acerca de la reproducción. Así se facilita en cierto modo la comprensión y explicación de la educación sexual. Resulta factible hacer referencia por



La presencia de los animales en la vida infantil

ejemplo a: estar en celo, cruzar, aparear, amamantar, camada, semental, castración, etcétera.

Es importante señalar que por fortuna los infantes ya no se creen el cuento aquel de que la cigüeña trae a los niños de París, que lo menos que aceptan, desde temprana edad, es que están dentro de la madre. La comprensión de la reproducción humana mediante el cuidado y convivencia con animales sólo es posible al captar hechos, retenerlos como conocimiento general, favoreciendo habilidades verbales e intelectuales propiamente dichas como la capacidad de atención, memoria, comprensión, análisis y síntesis al extrapolar las funciones de los animales al hombre.

Perder un animal por muerte o extravío constituye un drama familiar. La consideración y comprensión de la tristeza del niño debe otorgarse al igual que en cualquier experiencia de duelo, permitir el llanto, tolerar la angustia y la verbalización de las emociones, incluso permitir a veces que sigan sus propios rituales. Un niño me contó que cuando se le murieron sus pollitos, los enterró en el patio de su casa, puso flores y una cruz con palitos para asegurar que se fueran al cielo. Luego se consoló durante una semana poniéndole florecitas a la tumba.

Es común que en los grupos escolares los púberes utilicen como sustituto nombres de animales o refranes populares para describir emociones como el desprecio, la indiferencia y la angustia: “ser mono” y “hacerse ojo de hormiga” o estar “como león enjau-



lado”; para defectos que obstaculizan las relaciones interpersonales y que pueden ser contrarias a sus valores morales: criticar, “ser víbora”; pelear, “como perros y gatos”; robar, “ser rata” o “conejo”; para habilidades del aprendizaje que se encuentran disminuidas como la memoria: “cabeza de chorlito”, ser lento como “tortuga”, la torpeza “ser bestia” y la apariencia, en particular la obesidad y la limpieza, “ser cochino” y “tener barbas de chivo”.

Ante tales situaciones es recomendable percatarnos del uso alegórico del lenguaje, tomando en cuenta la influencia de los refranes y dichos populares, y la estimulación proporcionada a los niños durante su educación básica que permitirá la comprensión de los diferentes sentidos de un concepto y el uso posible de la metáfora.

Quiero enfatizar que relacionarse con los animales es natural en el ser humano y que se incluyen por tanto los aspectos biológicos, psicológicos y sociales. El contacto directo con ellos favorece el aprendizaje a través de los órganos de los sentidos y se hace extensivo en su aplicación a toda la naturaleza. Es común observar que los niños que tienen a su alcance esta experiencia, participan mucho en materias como las ciencias naturales, que tienen un vocabulario amplio y habilidades manuales y sociales adecuadas; que los maestros perciben que son niños que valoran la naturaleza, la vida y que asumen el liderazgo en los programas escolares de rescate ecológico.



La presencia de los animales en la vida infantil

Un niño que aprende de manera directa, que curiosear con la naturaleza en vivo, es probable que se interese en buscar más información al respecto en los libros y otros medios a su alcance. Basta recordar un típico domingo de visita familiar por el zoológico, o el interés y sorpresa que causa la visita de algunas especies que en su lucha por sobrevivir llegan a nuestro país: ballenas y delfines en Baja California; tortugas en Oaxaca y Guerrero, mariposas en Morelia, golondrinas en Morelos y patos silvestres en el Estado de México, por mencionar sólo algunos ejemplos.

Aunque he hecho hincapié fundamentalmente en la importancia que los animales tienen en la vida infantil, en realidad ésta estará presente no sólo en la vida de los niños. Como muestra daré el siguiente relato con *refranes y dichos populares*:

Al hombre y a los animales cuando nacen se les llama cachorros, durante toda su vida conviven como perros y gatos, luego aunque algunos comen como cerdos y otros como pajaritos, aprenden a aullar como los lobos con los que andan.

Cuando va a la escuela escribe con letras como patas de araña, nunca cierra el pico, está con un ojo al gato y otro al garabato, se da cuenta de que el león no es como lo pintan, y le ponen orejas de burro, ante tal desencanto derrama lágrimas de cocodrilo porque sabe que camarón que se duerme se lo lleva la corriente, para pasar exámenes se pone avispa y al aprobar aprende que más vale pájaro en mano que ver un ciento volar.



Los animales, personajes en el mundo de los niños

Si salen airosos al final del ciclo escolar las madres se sienten cluecas, como pavo real y muy orgullosas de tener hijos pollitos; los papás menos expresivos, piensan para sí que tienen logros debido a que son hijos de tigre, también cuando se toman la foto algunas llegan a salir con cuernos.

En la adolescencia les salen los gallos, barbas de chivo y algunos rugen como leones. A ella le dicen que aunque se vista de seda mona se queda; ellas no hacen caso porque están muy ocupadas en mantener su cinturita de avispa, pintarse las garras, enseñar los chamorros, hacerse cola de caballo o acomodar su melena, darse una manita de gato y evitar las patas de gallo por si les echan los perros.

Es muy común que si salen con la manada o la jauría y llegan tarde, sus padres se ponen como leones enjaulados y se aferran a compararlos con borregos y hasta con bueyes. Por eso, antes de enfrentarlos, con sus manos por detrás, ponen changuitos para que nos les vaya como al perico; algunos desisten en dar explicaciones porque saben que se los agarran de su puerquito, les cortan las alas, o que al día siguiente andarán como perro, con la cola entre las patas, por haberse salido del huacal; otros con más colmillo, los que se sienten gallitos, logran defenderse pensando que la burra no era arisca, la hicieron.

A los *viejos zorros* se les dificulta comprender que los adolescentes son alegres, como todos los animales en determinadas épocas, y que les gusta inver-



La presencia de los animales en la vida infantil

nar o darse el abrazo del oso; que les encanta nocturnear como búhos, pensando que en las noches todos los gatos son pardos y que no hay nada más atractivo que mover la colita al ritmo de la sopa de caracol, o del baile del conejo, y de estar feliz como una lombriz.

Los jóvenes, a su vez, no comprenden el temor de sus padres al sentir que no están listos para emigrar, dejar el nido o que las palomas vuelen, así como también se hacen ojo de hormiga frente a los peligros que enfrentan en la calle al meterse en la boca del lobo, y encontrarse con mariposas, coyotes, gavilanes, ratas y aves de rapiña. Los zorros saben que más vale una pinta que cien coloradas en materia de normas de la casa, y que no quieren sufrir las consecuencias de *criar cuervos*.

Hay padres que duermen tranquilos pensando en que son otros los que se desvelan por cuidar a sus pollas, cuando sueltan a su gallo, nadie quiere tener en casa a la mamá de los pollitos.

Lo que pasa también es que padres e hijos no han cotorreado lo suficiente al respecto, necesitan quitarse la lentitud de tortuga y correr como liebre en el conocimiento de la adolescencia, que no sólo se consuelen unos con trabajar como hormiguitas, bestias de carga o mulas para mantener a la especie y que los otros no sólo abran el piquito para ser alimentados o se cobijen bajo las alas de su mamá para sobrevivir.



Los animales, personajes en el mundo de los niños

De adulto, el hombre animal tiene ideas raras: cuando no puede dormir cuenta borregos, celebra su cumpleaños por la mañana cuando ya los pajariillos cantan, su suerte depende del color del gato que se atraviesa por su camino y asocia la muerte con el canto del búho.

De todos los zorros, el plateado sabe muy bien que frente a esta situación, el hombre es el único animal que se tropieza dos veces con la misma piedra, pero que también como el ave fénix resurge de sus cenizas.